

por los Bárbaros era una obra sin porvenir; presentaba juntamente los inconvenientes del despotismo romano y de la barbarie germánica. La unidad bárbara no tenía más que una misión de circunstancias, y era la de propagar el cristianismo en el norte de Alemania y fundar el Pontificado. Ahora bien, la dominación de los Godos arrianos, en lugar de favorecer la extensión del cristianismo y el establecimiento de la unidad católica, se oponía á ellos; su caída era pues providencial.

CAPÍTULO III.

EL IMPERIO DE LOS FRANCOS.

§ I.—Misión de los Francos.—Los Francos y el catolicismo.

«La religión es el fin de todos los designios de Dios sobre la tierra.» (1). En efecto, la religión comprende todo el destino del hombre, tanto sus relaciones con sus semejantes como sus relaciones con Dios. La grandeza y la decadencia de los imperios, la misión de las naciones tienen una relación íntima con el nacimiento y la propagación de las doctrinas religiosas. Esta gran verdad resplandece con evidencia en la historia de las invasiones germánicas. En apariencia, el mundo está entregado á la fuerza bruta; la bella civilización de la Grecia y la poderosa unidad de Roma dejan paso á un caos, en el cual se agitan confusamente pueblos semi-salvajes. En realidad esta confusión oculta la ruina de una religión antigua y el establecimiento de una religión nueva. Si la antigüedad se hunde á pesar de su brillante cultura, es porque descansa sobre el politeísmo. Si los Bárbaros llegan, es porque son auxiliares de Jesucristo. Entre estos Bárbaros hay un pueblo elegido: destruye la herejía arriana que amenaza á la unidad y á la existencia misma de la Iglesia; presta el apoyo de su poder á los misioneros que van á convertir á los pueblos del Norte; sus conquistas son conversiones á mano armada; domina sobre la Europa, pero es para fundar el pontificado; cuando la unidad de la

(1) MASSILLON.

Iglesia queda establecida, abandona la escena del mundo para reaparecer más tarde como soldado de Cristo. Este pueblo teocrático lo componen los rudos compañeros de Clodoveo (1).

Los reyes de la antigua monarquía se glorificaban con el título de *hijos primogénitos de la Iglesia*; veían en esta alta distinción la gloria del primer rango en el seno de la cristiandad y el deber de proteger á la religión (2). Pero, si la Iglesia se fortificó con el apoyo de los Francos, los Francos á su vez se engrandecieron bajo la égida de la Iglesia; el establecimiento del catolicismo y la fundación del reino de Francia marchan á la par. Este íntimo vínculo se manifiesta desde que Clodoveo pone los piés en las Galias. No sin razón dió el nombre de *eclesiástica* á su historia el primer historiador de los conquistadores (3): los anales de los Francos son los anales de la Iglesia ortodoxa; Clodoveo es el fundador de la monarquía y del catolicismo. Los Bárbaros que se habían repartido el Imperio, los Borgoñones, los Godos, los Vándalos, eran arrianos; la preponderancia de Teodorico amenazaba la existencia de la Iglesia católica; la fe ortodoxa no encontraba apoyo alguno en Constantinopla, puesto que los Griegos eran ya medio cismáticos. Clodoveo salvó al catolicismo; dió el golpe de muerte á la herejía arriana, abatiendo el poder de los Visigodos y de los Borgoñones. Pero también debió sus victorias tanto al apoyo de la Iglesia como á la fuerza de las armas. Los obispos son los que han formado el reino de Francia (4); Clodoveo era á sus ojos un nuevo *Constantino* (5), suscitado por Dios para ser el libertador de la Iglesia oprimida; prepararon el camino al conquistador, granjeándole la voluntad de los pueblos.

La Galia es conquistada, el arrianismo desaparece. Pero el pa-

(1) DE MAISTRE, *Del Papa*, *Discurso preliminar*: «Hay en el gobierno natural y en las ideas nacionales del pueblo frances yo no sé qué elemento teocrático y religioso que nunca desaparece.»

(2) FROISSART, *Crónicas*, IV, 33: «El rey de Francia es el soberano de toda la cristiandad, y por el cual la Santa Iglesia debe ser enaltecida más que por ningún otro.»

(3) GREGOR, TURON., *Historia ecclesiastica Francorum*.

(4) GIBBON, c. 38.

(5) GREGOR, TURON., II, 31.—DUBOS, *Historia de la monarquía francesa*, IV, 7.

ganismo reina aún en la Germania; el celo de los misioneros es impotente para convertir á sus rudas poblaciones; es necesario que la Providencia envíe en su ayuda á los conquistadores de las Galias. La conversión de la Alemania se hace bajo la protección, y algunas veces, con las armas de los Francos. Cuando su ardor guerrero se consume en luchas intestinas y decae en la corrupción, la obra de la propaganda se detiene igualmente. Entonces Dios llama á una nueva raza: á los Bárbaros indómitos de más allá del Rin; un guerrero *invencible, hercúleo* (1), es el *martillo* que abate á los enemigos de Cristo. La victoria de Carlos Martel sobre los Arabes salva al cristianismo; sus conquistas favorecen la propagación del Evangelio en el norte de la Alemania; convierte á los Frisones con espada en mano. Carlo-Magno acaba la misión de su familia, sometiendo los Sajones al Dios de los cristianos (2).

La unidad bárbara se ha completado; el imperio de Occidente es cristiano. Pero este imperio resucitado no es viable; va á dar lugar á una diversidad infinita. ¿Quién mantendrá la unidad de la fe cristiana en medio de la disolución feudal? El pontificado. ¿Y quién funda el poder de los papas? Los Carlovingios. Llegan al poder con el apoyo de la Iglesia: la mano de los papas los consagra para hacer de ellos los campeones del catolicismo. La independencia, la existencia misma del pontificado estaban comprometidas con la dominación de los Lombardos y la tiranía de los emperadores griegos; los reyes Francos pasan los Alpes y libertan á los papas. Las donaciones de Pipino y de Carlo-Magno aseguran al jefe de la cristiandad un rango, sin el cual «no hubiera sido más que un patriarca de Constantinopla, deplorable juguete de los sultanes cristianos y de los autócratas musulmanes» (3).

Así se funda el pontificado. Pero un nuevo peligro amenaza á la cristiandad; la fe de Mahoma, victoriosa en el Oriente, llama

(1) Así es como se le llama á CARLOS MARTEL en la *Vida de Pipino de Landen*.

(2) *Historia translationis S. Viti*, c. 4 (PERTZ, *Monumenta Hist.*, t. II, p. 577) «Hunc (Carolus) ideo pro omnibus christianis regibus potentissimum in bellis fuisse credimus, quia quos suo dominio subjugabat, Christi nomini dedicabat.»

(3) DE MAISTRE, *Del Papa*, *Discurso preliminar*.

bajo sus banderas á los Bárbaros del Asia; la ola musulmana bate las costas de la Europa. A la voz de los papas, el Occidente se conmueve y se lanza sobre los Sarracenos. ¿Qué nombre da el Oriente espantado á los guerreros de hierro que la Europa arroja sobre él como la lava de un volcan? Todos los pueblos cristianos toman parte en la guerra santa, pero entre ellos brilla en primer lugar una raza: el inmortal cantor de la *toma de Jerusalem* celebra las victorias del *pueblo franco*. El nombre de franco ha quedado en el Oriente como sinónimo del de europeo.

Ningun pueblo ha recibido de la Providencia una mision más gloriosa: los Francos destruyen la herejía arriana, propagan la fe católica, fundan el pontificado y defienden la cristiandad contra los Bárbaros del Oriente. Sin embargo, el edificio católico que la raza francesa ha elevado en la Edad Media, se hunde, porque en su inmovilidad no puede acomodarse á las necesidades de la humanidad moderna. ¿Cual es entonces la mision religiosa de los Francos? No vacilan en demoler lo que sus antepasados han edificado. Pero los filósofos, al paso que arruinan el catolicismo, preparan una nueva era religiosa, porque la humanidad no podria vivir un dia sin creer.

§ II.—Conquistas de los Francos.

N.º 1.—Conquista de la Galia. Destruccion del arrianismo.

Clodoveo no conquistó la Galia á los Romanos, sino á los Bárbaros. Tres pueblos se disputaban esta bella presa: los Alemanes, los Borgoñones y los Visigodos. Los Alemanes hicieron irrupciones en las Galias desde los primeros siglos de la era cristiana: hubo necesidad del genio de Juliano para arrojarlos más allá del Rhin. Incorporándose sin cesar á su confederacion naciones nuevas, podian llegar á ser dueños de la Galia tan bien como los Francos; el choque de los dos pueblos fué, pues, decisivo. ¿Por quién se pronunció la victoria? Por aquel que servia á los designios de la Providencia. Clodoveo, preparado ya á la fe cristiana por Clotil-

de, viendo retroceder á sus tropas, renegó de las impotentes divinidades á que habia servido hasta entonces é invocó al Dios que da la victoria. Salió vencedor de la lucha.

El bautismo de Clodoveo fué el principio de un nuevo orden de cosas. Cuando se dirigia al baptisterio, San Remigio le dijo: «Modérate, Sicambro, y humilla la cabeza; adora lo que tú has quemado y quema lo que has adorado» (1). Los Francos, de Bárbaros que eran, se convierten en soldados de Cristo, en campeones de la Iglesia ortodoxa. Clodoveo era el único rey católico de la cristiandad. Los pueblos bárbaros, á los que iba á conquistar las Galias, eran adictos al arrianismo, mientras que la masa de la poblacion seguia la fe de Nicea. Todas las esperanzas de los católicos se volvieron hácia el rey de los Francos: «Los ángeles, dice el biógrafo de San Remigio, se regocijaron en el cielo, y todos los que amaban á Dios verdaderamente se regocijaron en la tierra» (2). Los obispos de las Galias, aún aquellos que vivian bajo la dominacion de los Borgoñones y de los Visigodos, dirigieron al nuevo Constantino felicitaciones que eran al mismo tiempo un estímulo (3). San Avito, súbdito del rey de los Borgoñones, escribió á Clodoveo como á su soberano: «Saluda en él á un árbitro llamado á decidir las contiendas que dividen á las comuniones cristianas; su conversion hará que la verdadera fe triunfe de sus adversarios. El Señor acabará bien pronto por medio de él la conversion de los Francos: dispóngase desde ahora á hacer conocer el santo nombre de Cristo á los pueblos que lo ignoran» (4). Esta carta profética mostraba á Clodoveo el camino por el cual debia marchar. No sabemos si el rey bárbaro tuvo conciencia de la alta mision que le anunciaba el obispo de Viena, pero es cierto que conoció las ventajas políticas que le habia de procurar su alianza con la Iglesia.

Los obispos, que durante las turbulencias de la invasion se habian convertido en representantes de las poblaciones vencidas,

(1) GREGOR. TUR., II, 31.

(2) HINCMAE., *Vita Remigii* (DOM BOUQUET, *Recopilacion*, t. III, p. 377).

(3) El papa Anastasio escribió igualmente una carta de felicitacion á Clodoveo (DOM BOUQUET, t. IV, p. 50).

(4) S. AVITI *epist.* 41 (DOM BOUQUET, *Recopilacion*, t. IV, p. 49).

no vacilaron en anteponer sus creencias á sus deberes de ciudadanos. *Gregorio de Tours* dice «que deseaban todos la dominacion de los Francos con un deseo de amor» (1). Los testimonios de afeccion que *San Avito* dirigió á Clodoveo eran casi una amenaza para la dominacion borgoñona: «Sois un sol que sale para todo el mundo, y cuya luz ningun país particular tiene el derecho de apropiarse. Los países que tienen la dicha de hallarse más cercanos á él gozarán, es verdad, de mayor esplendor; pero áun los que estén más alejados no dejarán de ser alumbrados por él... Nosotros mismos tenemos un grandísimo interes en vuestros prósperos sucesos, y todas las veces que triunfais, creemos haber alcanzado una victoria» (2). Una conspiracion católica precedió y facilitó la invasion de Clodoveo; cuando sus descendientes acabaron la conquista de la Borgoña, las poblaciones, trabajadas por el clero (3), se entregaron, por decirlo así, por sí mismas á los conquistadores (4).

La caída de los Borgoñones fué definitiva: no tenían las condiciones de una verdadera nacionalidad. Desde su origen carecieron de vida; satisfechos con la parte de las Galias que los emperadores les habian cedido, no tuvieron ambicion alguna de conquistas; debian ser presa de aquel que fuera dueño del resto de la Galia. No sucedia lo mismo con los Visigodos; rama de un pueblo que fué el primero en quebrantar el imperio, aspiraban á la dominacion del Occidente (5). *Sidonio Apolinar* nos ha dejado un cuadro de la corte de Eurico, el más emprendedor de los reyes de Tolosa; si hemos de creer al obispo poeta, afluan diputaciones de todas las partes de Europa, y áun del Oriente, cerca del monarca de los Visigodos. Allí vió al Borgoñon, de siete piés de alto, arrodillarse para pedir la paz; al Romano, implorando, á orillas del Garona, el auxilio contra los Bárbaros que habian sometido el Tíber; al Ostrogodo, venido de las riberas del Danubio á solicitar un apoyo

(1) GREGOR. TURON., II, 23.

(2) S. AVITI *epist.* 41 (DOM BOUQUET, t. IV, p. 50), traducc. de DUBOS.

(3) FAURIEL, *Historia de la Galia meridional*, t. II, p. 43, 101.

(4) *Vita S. Sigismundi, Regis Burgund.* (ap BOLLAND., 1 Mayo): «*Multitudo maxima Burgundionum se Francis sociavit.*»

(5) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 45: «*Enricus ergo, Visigothorum rex, crebram mutationem romanorum principum cernens, Gallias suo jure nisus est occupare.*»

contra los Hunnos. Vió á un viejo jefe sicambro, con el cabello cortado en testimonio de su derrota; el vencido obtuvo el favor de dejarse crecer de nuevo su cabellera en señal de su rango. En fin, hasta el Parto, descendiente de los Arsacidas, tenía que implorar algun favor del rey de los Godos (1).

Los Visigodos eran por sí mismos un enemigo temible; sus vínculos con los Godos de Italia aumentaban su poder. Teodorico había tratado de hacer de Clodoveo un aliado de los Godos, dándole en matrimonio su hermana; pero no tardó en ver que ningun vínculo era capaz de encadenar la ambicion del jóven conquistador. Cuando Clodoveo invadió la Galia meridional, el rey de Italia usó de toda su influencia sobre el mundo bárbaro, para contener la dominacion creciente del jefe de los Francos, por una especie de coalicion. Le escribió una carta, conciliadora en la forma, pero amenazadora en el fondo; pidió que los Francos y los Visigodos sometieran sus cuestiones á árbitros, añadiendo «que aquel que despreciara sus consejos le tuviese á él y á sus aliados por adversarios.» Teodorico trató de unir en una liga á los Borgoñones, los Turingios, los Herulos y los Varnios. En sus cartas á los jefes alemanes, denuncia abiertamente los proyectos ambiciosos de Clodoveo: «Las naciones deben asociarse para atacar el orgullo, siempre detestable á los ojos de la Divinidad; porque el que oprime á un pueblo no puede ser justo con los demas; desvanecido por el éxito, cree poder postrar á sus piés el mundo entero... Advirtamos á Clodoveo que respete el derecho de las naciones, ó que se prepare á ver que se lanzan sobre él esas mismas naciones cuyos consejos desdeña. Diré todo mi pensamiento; quiere conquistar todos los Estados que le convienen. Más vale detenerle desde un principio, que resistirle más tarde separadamente» (2).

No se sabe que Teodorico lograra formar esta liga contra el conquistador de las Galias. El rey de los Godos se adelantaba á su tiempo. La idea de contener los proyectos de monarquía universal por medio de una coalicion de los pueblos amenazados, se renovará

(1) SIDON. APPOLLIN., *epist.* VIII, 9.

(2) CASSIODOR., *Variar.*, III, 4, 3.

en los tiempos modernos, y será una barrera contra la ambición de los conquistadores. En el siglo VI, las relaciones entre las naciones eran demasiado raras y los vínculos demasiado débiles, para que fuese posible una alianza seria. Debe añadirse que no era necesaria. Los Francos trataron, es verdad, de restablecer en provecho suyo la dominación de Roma, pero esta unidad artificial no era viable; apenas formada se deshizo, y la Europa se desmembró en infinito número de pequeñas soberanías.

Sin embargo, el poder de los Godos de Italia, unido al de los Visigodos, bastaba para abatir á Clodoveo. ¿Cómo sucumbió ante un puñado de Francos un pueblo que tomó á Roma, que conquistó las Galias y la España? *Gregorio de Tours* da la razón providencial de ello: «El rey Clodoveo confesaba la Trinidad; con su auxilio ha reprimido á los herejes y extendido su dominación por toda la Galia. Alarico negaba la Trinidad; fué privado de su reino, de sus súbditos, y lo que es mucho más aún, de la vida eterna» (1). Impotente para llenar la misión de la Iglesia, el arrianismo arrastró en su ruina á los pueblos y á los príncipes que le eran adictos. Los reyes de los Godos, dice un escritor contemporáneo de Eurico, tienen tanta aversión al catolicismo, que se les tomaría más bien por jefes de su secta que por reyes de su nación. *Sidonio Apolinar* describe el estado deplorable de las iglesias católicas bajo la dominación de los Visigodos: «Llenas de zarzas, sin puerta ni techo, eran guaridas de fieras; los obispos eran desterrados ó condenados á muerte, y no se los reemplazaba» (2). Si el imperio de los Godos se hubiese mantenido, el catolicismo hubiera perecido.

Pero llega el defensor de la Iglesia. Clodoveo reúne á sus guerreros y les dice: «Me desagrade que estos Godos, que son arrianos, ocupen la mejor parte de las Galias; vamos sobre ellos con la ayuda de Dios y arrojémoslos fuera; sometamos su tierra á nuestro poder; harémos bien, porque es muy buena» (3). Haciendo de la guerra contra los Visigodos una lucha del catolicismo

(1) GREGOR. TURON., III, 1.

(2) SIDON. APOLINAR., ep. VIII, 6.—GREGOR. TURON., II, 25.

(3) GREGOR. TURON., II, 37.

contra la herejía arriana, Clodoveo ganaba para su causa las poblaciones del Mediodía. Los obispos habían entrado en relación con el joven conquistador desde el día de su conversión. En el año 496 Volusiano fué depuesto de la silla de Tours y conducido prisionero á España; se le acusaba de conspirar con los Francos. El alto clero participaba todo él de estos sentimientos (1). Cuando estalló la lucha hubo obispos que se pusieron á la cabeza de los indígenas para unirse á los Francos (2). La invasión, tan ardientemente deseada por los jefes de la población galo-romana, no encontró obstáculo alguno; los conquistadores eran conducidos y sostenidos como por una mano invisible (3).

El ingenioso *Dubos* ha tratado de justificar á los obispos galos: «Los emperadores, dice, no habían cedido parte alguna de las Galias, los reyes visigodos eran usurpadores; los obispos, súbditos del imperio, no les debían, pues, fidelidad alguna» (4). Este sofisma histórico no libra al clero galo-romano del crimen de traición. La dominación de los Visigodos tenía la legitimidad de todos los gobiernos, por lo cual era un deber para los obispos permanecerle fieles. Conspirando contra los príncipes arrianos hallaban los preceptos del apóstol sobre la obediencia que se debe á los poderes establecidos. Esto no ha impedido á la Iglesia honrar como mártires á los obispos culpables que sufrieron por su causa. El hecho es característico é importa insistir sobre él. Si oímos á los defensores del catolicismo, la Iglesia es el apoyo más sólido del poder real, sólo ella enseña á los hombres á ser buenos ciudadanos. Aquí tenemos ocasión de ver como se portan estos buenos ciudadanos: los jefes del clero hacen traición á su príncipe por la sola razón de que no es ortodoxo. La verdad es que los católicos no conocen otra patria que la Iglesia, y que desconocen los deberes más sagrados, cuando está por medio el interés de la religión.

No negamos los beneficios de la conquista de los Francos; Clodoveo salvó al catolicismo. ¿Es ésta una razón para legitimar la traición y para santificar los abusos de la fuerza? No podemos ad-

(1) GREGOR. TURON., X, 31; II, 36.

(2) FAURIEL, *Historia de la Francia meridional*, t. II, p. 51-55.

(3) MICHELET, *Historia de Francia*, lib. II, c. 1.

(4) DUBOS, *Historia crítica de la monarquía francesa*, lib. III, c. 18.